

RENOVACIÓN ESPAÑOLA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

EL JUEGO POLITICO



CAMBÓ.—¡Saltó y vino!

© Biblioteca Nacional de España

LECHE PURA DE VACAS

ESTABLOS EN GALAPAGAR (Sierra de Guadarrama).

60 céntimos LITRO, servido a domicilio.

UNICO DESPACHO EN MADRID

LECHERIA DE LA BOLSA

Juan de Mena, 2 (Palacio de la Bolsa de Comercio), teléf. M-4322

BERNARDO ZAPICO

INGENIERO

Explotación de carbones

— LEÓN —

ESCUELA ALEMANA DE IDIOMAS

Alemán, Francés, Inglés, Italiano, Ruso, Portugués, Holandés y Árabe vulgar marroquí.

Profesorado internacional.

Método especial, éxito seguro.

HILERAS, 10 (esquina a Arenal).

RENOVACIÓN ESPAÑOLA

MADRID, 5 DE FEBRERO DE 1918

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

: — : AÑO I — NÚM. 2 : — :

SUMARIO

Exceso de Política, por A. Bonilla y San Martín.
Canción del hombre maduro (poesía), por J. Huici Miranda.
Las Ligas Hispano-alemanas (continuación), por M. de Paúl.
En la cacharrería.
Política exterior, por M. de Palacios Olmedo.
Un retrato de Zuloaga, por M. Nelken.
¿Sabemos escuchar música?, por E. L. Chavarri.
El por qué del torpedeamiento de algunos buques.
Crónica militar, por «Zeppelin».
Mirando los carteles, por «Don Lope».
De la semana.
Los libros, por J. Antón.

Exceso de política.

El defecto tradicional

Historiadores antiguos hicieron notar que si España pudo caer bajo la dominación romana, no contribuyó poco a ello el espíritu de división, la tendencia al fraccionamiento, que imperaban entre los pobladores ibéricos, dando lugar a continuas luchas interiores, que favorecieron, como era de suponer, la obra de la conquista extranjera. Gracián, en *El Criticón*, encontraba la raíz de nuestros males en la soberbia: «La soberbia —dice—, como primera en todo lo malo, cogió la delantera; topó con España, primera provincia de la Europa: parecióla tan de su genio, que se perpetuó en ella; allí vive y allí reina con todos sus aliados: la estimación propia, el desprecio ajeno, el querer mandarlo todo y servir a nadie; hacer del don Diego y «vengo de los godos»; el lucir, el campear, el alabarse, el hablar mucho, alto y hueco; la gravedad, el fausto, el brío, con todo género de presunción, y todo esto desde el noble hasta el más plebeyo.»

No sé si la causa a que se refiere Gracián será la única: ni siquiera pienso que el fenómeno a que alude tenga en España, con caracteres exclusivos, la intensidad que él parece suponer; pero sí afirmo (porque es un hecho tan notorio, que salta a la vista de todos) que el susodicho espíritu de división, tan de antiguo advertido, sigue subsistiendo entre nosotros, con caracteres tales, que anula en múltiples casos manifestaciones harto provechosas para la prosperidad nacional. Dejo aparte la

envidia, las corrientes separatistas del regionalismo irreflexivo, y otros fenómenos análogos. Doy por supuesto también que ese espíritu de división existe asimismo en otros países. Lo que observo es que en España ofrece caracteres de tal continuidad y extensión, que vale la pena de reparar en ellos, para buscar, en lo posible, la enmienda.

Preocupación partidista

Como, aunque el hecho se repita, presenta modalidad distinta según los tiempos, resulta que, en los nuestros, el carácter a que aludo tiene su más definida representación en la esfera política. Científicos ha habido, y hay, para los cuales la existencia de un gobierno parlamentario no se concibe sin la de los partidos; y está la gente tan habituada a relacionar estos últimos con toda labor gubernamental, que, para la generalidad, es motivo de una estupefacción sin límites el que se les hable de una política *sin partidos*. Inmediatamente piensan en los consabidos tópicos de las ventajas de la lucha, necesidad de una fiscalización, natural divergencia de los pareceres humanos, etc., etc. Y juzgan ellos que, sin partidos, la fructífera agitación de la atmósfera política, se trocaría en ambiente irrespirable y mortal. Sin embargo, es precisamente todo lo contrario: la existencia de los partidos es lo que retrae a una gran masa de ciudadanos probos y competentes de toda intervención en la política; porque saben que partido quiere decir jefe, a quien forzosamente se ha de seguir, vaya o no equivocado, como si fuese infalible pontífice, en todas las cuestiones que se le antoja declarar dogmáticas; y porque están persuadidos, por una larga y lamentable experiencia, de que partido equivale a interés personal (de uno o de varios).

El hecho es que, entre nosotros, poquíssimos problemas se sustraen a la letal influencia del espíritu de partido, porque la mayoría de los españoles se considera poco menos que capitidismínuida, si, desde sus más tiernos años, no le plantan el cartelón indicador de la cofradía a que está afiliada. Esto, aparentemente, es, además, un socorrido medio para saber a que atenerse acerca de la conducta de las personas. Un hombre de quien no se sabe si pertenece a la derecha o a la izquierda, a los de adelante o a los de atrás, produce intranquilidad y molestia entre nosotros; parece un sujeto incomprensible;

muchos salen del paso calificándole de *cuco* y de *taimado*; él ha de tender a alguno de los cuatro puntos cardinales; si oculta la tendencia, será porque tiene interés en no descubrir el juego; a ése no hay que ayudarle; si no es un réprobo, resulta, cuando menos, un ser *peligroso*. No se cae en la cuenta de que, probablemente, el *misterioso personaje* es un hombre independiente y amigo de obrar siempre en armonía con su conciencia y sus convicciones. Se olvida que el proceso vital (y, por lo tanto, el proceso del pensamiento y el de la conducta) no puede representarse por una recta, sino por una curva, y que, aun cuando otra cosa parezca, el *partidista* rectilíneo suele ser el más ducho en operaciones que requieren flexibilidad de espinazo.

La charla política

Así, no hay pueblo alguno donde en calles y plazas, en el hogar y fuera de él, se hable tanto de política (de política de partido, se entiende, con sus personalismos y particularidades) como en España. Podrá un español no saber si Tarragona cae al Norte o Sur de Valencia; pero de seguro sabe cómo se llama el presidente del Consejo de Ministros. Un periódico que no dedique el artículo de fondo a la política, sino a un problema histórico, científico o literario, como acontece en el extranjero, parecería una *rara avis* en España.

De aquí resulta que casi toda solución va impregnada, entre nosotros, de un espíritu partidista. Academia hay donde, para los efectos de las elecciones, se distribuyen los académicos en *derechistas* e *izquierdistas*, turnando

pacíficamente en las designaciones como los partidos políticos en el poder; y el que tenga la *desgracia* de no pertenecer a la derecha ni a la izquierda, corre grave peligro, sean cuales sean sus merecimientos científicos, de no ingresar jamás en la Corporación. Hasta en cuestiones tan vitales para la prosperidad nacional como las pedagógicas, el espíritu de partido impera: se forman grupos y grupitos, y los de cada uno miran a los demás poco menos que como míseros analfabetos. En arte, en literatura, en casi todas las manifestaciones de la actividad, el criterio partidista, con la injusticia y la parcialidad que le son anejas, domina profundamente: hay *gallistas* y *belmontistas* en todos los terrenos.

Necesidad de la «inconsecuencia»

Y, no obstante, si la diversidad de opiniones es un hecho natural, y, por consiguiente, admisible y eterno, no ha de confundirse con la unidad constante y universalmente aplicable del principio de pensamiento. Semejante *unidad* no existe, porque cada problema tiene su especial solución, y aun ésta no puede ser la misma en todas las circunstancias y en todos los tiempos. Tal unidad, pues, no es algo natural, sino artificial. No está determinada en nuestra conducta por una convicción uniforme, sino por intereses o pasiones que procuramos legitimar con el fantasma de una *consecuencia* partidista que nos lleva a desconocer el valor de la actividad ajena, consecuencia de la cual necesitamos despojarnos, si deseamos que España progrese seriamente.

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN.

CANCION DEL HOMBRE MADURO

Soy un enfermo del hastío;
mi vida es muda, triste, quieta;
yo que soñaba ser poeta,
siento en mis venas el vacío.
Yo estoy enfermo del hastío.

Soñé contigo, virgen loca,
bebí las mieles de tu boca,
y en Dios y en mí, con fe creía:
mas eras tú cosa muy poca
para mi loca fantasía.

Soñé en la gloria; la memoria
de mi alto nombre, fué ilusión;
y vi que todos en la Historia,
Shakespeare, Cervantes y Platón
han dado vueltas a la noria.

Rodó infeliz mi vida rota,
y elegí Amada, la Embriaguez.
No sospeché que en cada gota
de vino estaba mi derrota.
Yació en mi lecho la vejez.

Amé el amor de la riqueza
como la máxima belleza,
y vi que es una enfermedad,
cuyo es el nombre Vanidad.
Yo soy señor en mi pobreza.

Sin ideal, muero vendido
en cuerpo y alma a Lucifer,
y como un pecho sin latido,
o como un pájaro sin nido,
vivo olvidado del placer.

.

A nadie admiro y a ninguno quiero,
ni me hiere el amor ni amo el dinero;
en mi alma consumida por el ocio,
ríe un negro y feroz sepulturero
que cava la mortaja de un beocio.

JULIO HUICI MIRANDA.

ECONOMIA

Organos de aproximación: Las ligas Hispano-alemanas.

II

Alemania aislada.—Medidas de la Entente. Surgen las Asociaciones.

El aislamiento económico a que, forzosamente, se vieron sometidos los Imperios centrales desde el comienzo de la guerra, alcanzó su grado máximo con la traición de Italia, que, rompiendo todos los pactos que la ligaban con las Potencias Centrales y a la sombra de las cuales pudo convertirse en un pequeño emporio y librarse de los zarpazos que a cada momento estaba dispuesta a lanzarle su "hermana latina", Francia, se pasó al bando enemigo, aún rechazando la satisfacción colmada de sus aspiraciones irredentistas, que tal significaban las proposiciones que le hiciera Austria, en un momento de incomprensible debilidad.

Para mejor poder alcanzar la significación de las medidas adoptadas por la Entente en relación con este aislamiento, querremos hacer resaltar claramente el extenso campo de penetración económica que se ofrecía indefenso ante las descomunales abiertas fauces de aquellos otros países — beligerantes y neutrales —, cuyos medios de exportación podían continuar aún desenvolviéndose como *ante bellum*, o sólo con algunas limitaciones; y, para conseguirlo, nada más sencillo que echar una ojeada sobre las cifras siguientes, entresacadas del *Statistischen Jahrbuch für das Deutsche Reich*, y que expresan, en millones de marcos, el volumen de la exportación de Alemania, en 1913, a los países que comprende el cuadro que a continuación se inserta:

PAÍSES	Valor en millones de marcos.	PRINCIPALES PRODUCTOS QUE EXPORTÓ ALEMANIA
España.....	143	Cloruro de cal, colorantes, material eléctrico.
Portugal.....	52,1	Azúcar, arroz, hierro en lingotes.
Argentina.....	265,9	Hierro en lingotes, raíles, tejidos de algodón.
Brasil.....	199,8	Tejidos de algodón y lana, maquinaria diversa.
Chile.....	97,8	Azúcar, tejidos, raíles.
E. U. A.....	713,2	Cloruro de cal, juguetes, colorantes.
Méjico.....	48	Abonos, carbones, armas, juguetes.
Japón.....	122,6	Hierro, colorantes, tejidos, alambre.
China ...	122,8	Colorantes, tejidos, agujas de coser.
Indias holandesas..	98,6	Sales de amoníaco, raíles.
TOTAL.....	1.863,8	

* * *

La intensidad que bien pronto adquirió la guerra, y el cada día más extenso frente en que ésta se desarrollaba, hicieron que las necesidades de orden militar impidieran, o al menos pusiesen grandes trabas a las naciones de la Entente para su expansión efectiva en los países "liberados", a la irrupción de los productos centrales. No sólo porque estas necesidades de carácter militar actuaron, como no podía menos de suceder, disminuyendo considerablemente la producción indígena, por el número de brazos que, en un doble concepto — sucesivas movilizaciones y el colosal impulso que hubo de darse a la fabricación de pertrechos —, fueron restados a las industrias, sino, muy especialmente, porque absorbieron en gran parte los medios de transporte, terrestre y marítimo, dedicados a la conducción de hombres y municiones, y al abastecimiento de las grandes masas combatientes.

Pero si de momento esta penetración efectiva sólo en muy reducida escala era realizable, podía irse ahora preparando el terreno con vistas al porvenir. Y esto cabía ya en lo posible lograrlo mediante una penetración pacífica, una penetración que aquí pudiéramos llamar, *sorda*.

En efecto, tanto Inglaterra como Francia, de común acuerdo, empezaron a extender sus tentáculos. El *Board of Trade* fué dotado de nuevos organismos auxiliares, dedicados al estudio del modo y manera de suplantar los productos germanos en aquellos países a los cuales ya no podía desplegarse el radio de acción de Alemania. En París, el *Office du Commerce Extérieur* hizo otro tanto. Francia e Inglaterra crearon — ahora cuando nosotros las suprimimos — nuevas plazas, espléndidamente dotadas, de Agentes comerciales en el

exterior. Ambos países fomentaron y favorecieron la constitución de nuevas Cámaras de Comercio en el extranjero. Por último, Inglaterra misma, tal vez convencida de la excelencia del sistema alemán de expansión, comenzó a multiplicar su red de establecimientos bancarios — esos poderosos agentes de penetración — extendiéndolos y diseminándolos por todas las grandes ciudades y centros industriales del extranjero. Baste decir que, por ejemplo, sólo en la capital de España se han establecido, en el transcurso de pocos meses, alojándose en suntuosos locales, dos grandes Bancos ingleses: una Sucursal del *London County, and Westminster Bank* y el *Anglo-South America Bank*: Bancos que, libres del peligro de inclusión en las «listas negras» — ese nuevo baldón con que los aliados garantizan a los neutrales su libertad de traficar —, por atraerse clientela, *negociaban hasta con súbditos alemanes*.

La política arancelaria a implantar después de la guerra, también fué muy pronto, y siguió y sigue siendo constantemente objeto de señalada y marcadísima atención por parte de los gobiernos de las naciones aliadas. La famosa y, al parecer fracasada, *Conferencia Económica Interaliada* de 1915 — parte de los mismos elementos industriales de Inglaterra revolviéronse airados contra una de las radicales decisiones allí adoptadas: el *boycott* a los productos alemanes (1) — sentó las bases sobre las cuales podría apoyarse el futuro Régimen de Tratados, de las naciones aliadas.

En efecto; si mal no recordamos, en esa Conferencia acordóse la creación y formación de tres Tarifas: una, de gran favor, que regule en lo futuro el trato económico recíproco entre los hasta ahora aliados; otra, de pequeño favor, para aquellos países que hayan dispensado al Grupo una neutralidad «benévola», y otra, la última, de *disfavor*, para los actuales enemigos de la Entente y para los estricta y verdaderamente neutrales, a los que, por lo visto, les será dispensado en el porvenir el mismo trato que a los enemigos, incluyendo en la categoría de éstos. Aunque nuestra neutralidad haya sido siempre, y ahora más que nunca, *benévola* con relación a los aliados, sin duda se referían a lo indicado las encubiertas amenazas que, no ha mucho fueron dirigidas a España por *Le Temps*, y de las cuales hizose eco gran parte de nuestra Prensa.

* * *

Naturalmente, también los beligerantes del otro bando, los Imperios centrales, desplegaron, especialmente Alemania, con la previsión que le es característica, una gran actividad en el orden económico exterior. El que sean las armas las que, al fin y al cabo, hayan de decidir la magna contienda, no quiere decir que hubiese de descuidarse la *Auswaertige Handelspolitik*, en un país industrial por excelencia, que medio siglo antes no era sino un *Agrarstaat*, pobre, y que supo aumentar en veinte años la cifra global de su comercio exterior en 17.000 millones de marcos.

Entraron, pues, en funciones las poderosas Asociaciones Económicas. El *Bund der deutschen Industriellen* (Liga de los fabricantes alemanes), el *Handelsvertragsverein* (Asociación de Tratados de Comercio), y otras entidades íntimamente relacionadas con éstas, pusieron manos a la obra y destacaron su gran ejército de técnicos, dedicándolos al estudio del complicado problema. Pronto llegó a hablarse de la posibilidad de un *Zollverein* entre los Imperios centrales y de la necesidad de una expansión hacia Oriente. Diversos *pourparlers* tuvieron lugar en Berlín y en Viena, en Dresde y en Budapest. Misiones comerciales fueron enviadas a Turquía. Expertos encargáronse de la formación de museos de muestras. Una *Wirtschaftszeitung der Zentralmächte* (Revista de Economía de las Potencias centrales) redactada en alemán, húngaro y turco, apareció en breve, valorada con la colaboración de los grandes economistas y se extendió rapidísimamente, como eco de los intereses comunes del grupo central de beligerantes. Nuevas Ligas o Asociaciones fueron creadas. Hoy, es una *Liga germano-turca*; mañana, una *Liga alemano-búlgara*; el otro, créase un *Bund u otro Verein* del mismo orden. Y así comenzó a trabajar sigilosa, pero provechosamente.

Evidentemente, los Imperios centrales, en consonancia con las medidas de penetración puestas en práctica por sus enemigos, no podían dejar de preocuparse también de los neutrales y de tender la vista aún hacia aquellos mismos países con los cuales la incomunicación era completa. Y fué precisamente a raíz de la publicación de un manifiesto de simpatía hacia Alemania, suscrito por un crecido

(1) Según hemos leído recientemente, la Cámara de Comercio de Nueva York ha recibido ya más de medio millón de adhesiones a la proposición de dicha entidad de hacer extensiva después de la guerra el *boycott* a los productos alemanes, si el Imperio «no establece un régimen de gobierno más democrático». Y se nos ocurre preguntar: ¿Es que los E. U. A. encontrarán tan fácilmente mercado para los productos que, por valor de 1.700 millones, enviaron a Alemania, en 1913?

número de españoles, y entre los cuales no figuraba, naturalmente, ningún "hijo espitual," de la *Institución para la Adjudicación de Patentes de Intelectualidad*, ni ningún miembro ni afín de la *Junta para Ampliación de Facultades* —ya que, por ejemplo, envía a estudiar en Alemania intelectuales que ignoran el alemán—, cuando se inició entre aquellos elementos económicos un movimiento de opinión, tan rápido e intenso, que, poco después, cristalizaba en la constitución de *Ligas hispano-alemanas*, o, en alemán, *Deutsch-spanischen Vereinigungen*, en los grandes centros culturales e industriales del Imperio.

Pero, antes de estudiar la gestación, desenvolvimiento, actividad y finalidad de estas Ligas o Asociaciones, llamadas a ejercer, después de la guerra, una verdadera labor de aproximación cultural y económica entre España y Alemania, y que, precisamente en estos días, acaban de fusionarse, constituyendo un poderosísimo núcleo, consideraremos cómo era acogida por los alemanes la neutralidad española y qué derivaciones podía tener en el orden económico el mantenimiento de esta neutralidad; soslayando de paso las relaciones comerciales entre Alemania, Italia y España. Y de ambas cosas nos ocuparemos en nuestro próximo trabajo, dejando para el último artículo de la serie, el tratar de la recientemente formada *Unión de las Ligas hispano-alemanas*.

MARTÍN DE PAÜL.

En la cacharrería.

Nos consta que ciertos niños pizpiretos y locuaces del Ateneo, han hecho, sin recato, a nuestra costa, chistecillos graciosos, no exentos de mala intención.

Tarea facilísima sería la de enviarles en el presente número las gracias, señalándoles de pasada su peculiar debilidad; pero todos nosotros somos hombres, y profesamos una misma religión: la de respetar a las señoras.

—¡Al habla! ¿Qué hay?

—Les atacan desde una Revista aliadófila, brutalmente.

—¿Quién firma?

—¡...! ¿...?

—Mucho; es un hermano de las órdenes mendicantes, que asocia las letras a las armas..., y defiende ahora a los aliados haciendo experiencias de sobriedad en el racionamiento. Alguna vez, del mucho velar y del poco ingerir, sufre vahídos semilitarios..., con que-rencias al restaurant italiano de la calle Mayor.

—¿...?

—Sí, del Ateneo; donde a éste y a otros se les va haciendo imposible la vida. ¡Es horrible! Aquellos camareros metalizados, insensibles, que se niegan a servir un café...; aquellos barberos sin romanticismo, obsesionados por el cobro del servicio...; aquel cobrador de recibos, sin extrañas... Y esto es humano: cuando no se come, se saliva.

—Ha concluido.

* * *

Por tres veces ha insistido en una alta iniciativa patriótica *A B C*. Incuestionablemente, *A B C* tiene la exclusiva para las altas iniciativas patrióticas. Ahora propone formar, con los nombres de las casas españolas, que cedieron a la amenaza o a la presión de las listas negras —francesa e inglesa— una «lista negra española».

¡Muy bien!

Pero nosotros, que no olvidamos cómo *A B C* hubo de prescindir de Armando Guerra; que sabemos por qué aceptó la correspondencia impuesta del auténtico Basil Klarke, buscamos en vano, en las listas negras, francesa e inglesa, los títulos: *A B C*, *Prensa española*, *Hijos de Luca de Tena*, etc.

Y nosotros nos asociamos con fervor a la alta iniciativa patriótica de *A B C*.

Es menester que se forme una «lista negra española»; pero bien comprensiva y por orden alfabético.

Así: *Lista negra española*. A... B... C...

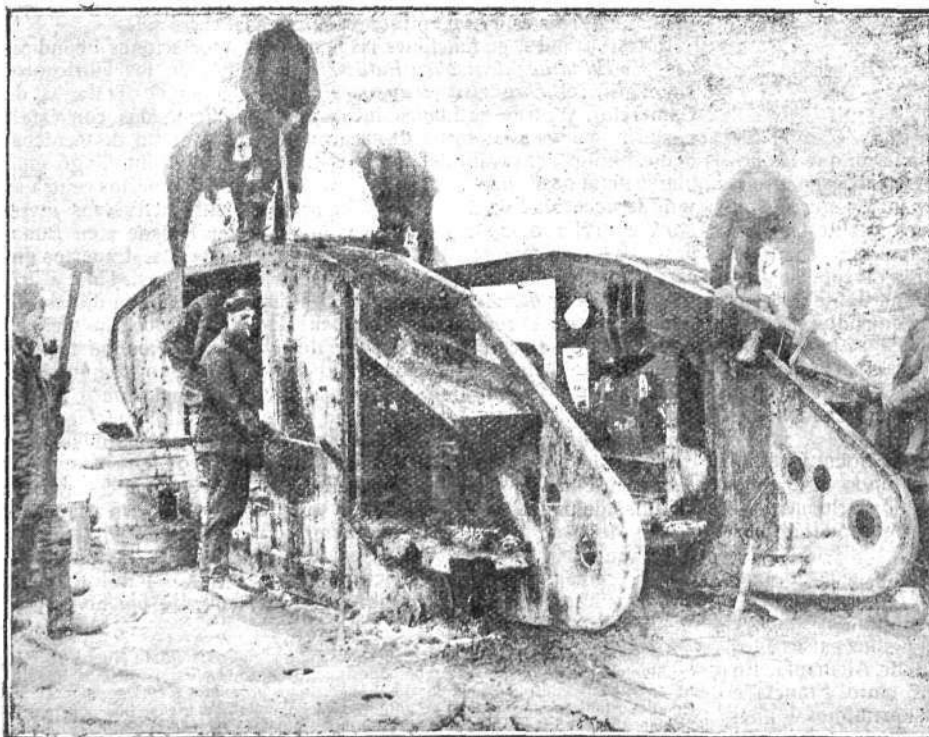
POLITICA EXTERIOR

Una frase de Lord Granville

Cuando hace algunos años (hacia 1884) Alemania, pletórica, empezaba a buscar expansiones coloniales en África y Oceanía, Lord Granville, ministro a la sazón (si mal no recordamos) de

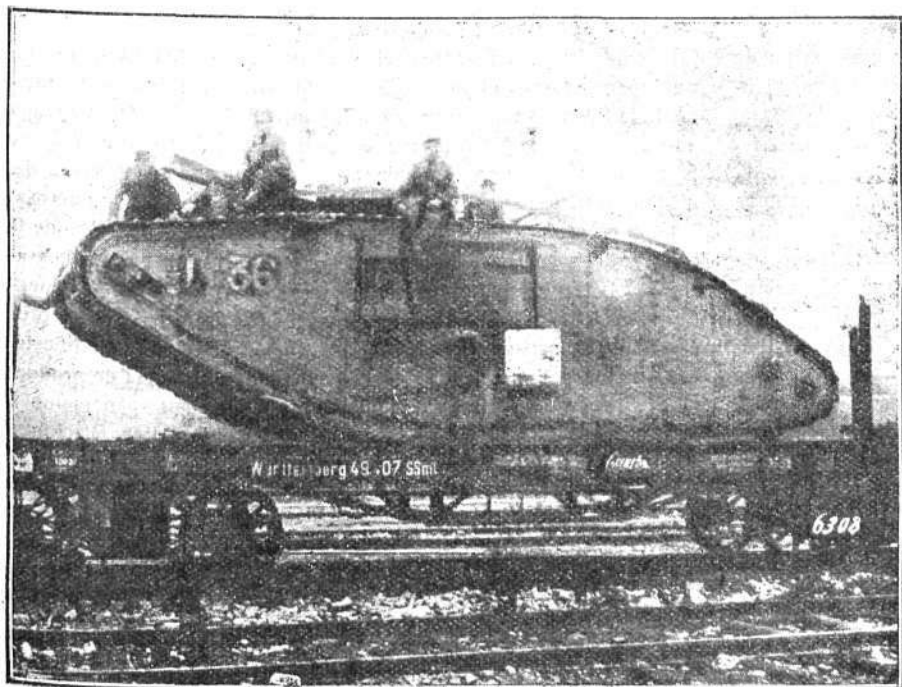
Negocios extranjeros en Inglaterra, dirigió la siguiente frase al gobierno alemán: «Aunque la autoridad de Inglaterra no haya sido proclamada sobre determinados países, la afirmación por parte de un gobierno extranjero de un derecho de jurisdicción o soberanía sobre cualquiera de ellas, será considerada como un atentado a los derechos legítimos de la Gran Bretaña.»

¿Lo habéis leído bien? Inglaterra no reconoce la existencia de territorios *nullius*, del primer ocupante; Inglaterra juzga que, si una región del mundo carece de dueño, o a lo menos, no lo tiene conocido, es suya. ¿Hase visto un caso más típico de ese hambre cerebral, fruto a la vez de la vanidad y la codicia que sufren hombres y naciones cuando empieza a sentirse dispépticos y decadentes? Entre este hambre imaginaria y la verdadera producida por las necesidades legítimas de un organismo vigoroso, media un abismo. ¡Ay! Nosotros podemos diagnosticarla muy bien en los demás pueblos, puesto que en los siglos XVI y XVII las padecimos. Hinchados y flatulentos nos consolábamos de nuestra consunción social y política, con la idea de que el sol no se ponía en nuestros dominios. Parece ser una ley histórica que todo imperialismo termine de ese modo. El joven fuerte y ambicioso, acaba en viejo megalómano impotente.



Los dioses tienen sed

Nos ha parecido oportuno inaugurar esta sección con una frase de esas que dicen tanto como un libro. Esta guerra es, como todas, fruto maléfico de las pasiones humanas. Pero nos-



otros preferimos siempre aquellas juveniles y vigorosas, en las que el mal casi está solo en el exceso, que no las taimadas e hipócritas compañeras de la senilidad, y cuyo daño reside en la impotencia.

Tres años y medio lleva Sigfredo forcejeando con Fafner y los enanos. Venciólos varias veces, pero no basta; es preciso aniquilarlos. La horrible pesadilla, mientras tanto, llena de trágicas siluetas esta noche inacabable. El gallo canta, pero el sol aún no asoma, y las estrellas contemplan mudas, impasibles, desde los antros negros e insondables del espacio, el dolor humano. Los oligarcas ingleses y franceses piden más sangre en nombre de un egoísmo suicida. ¡Los dioses tienen sed! y estos dioses no son Mo-
lochs de pueblos primitivos: son la Libertad, la Justicia, la Democracia, la Paz...

Meditaciones pre-pacíficas

Examinadas serenamente las naciones que hoy luchan, presto advierte el menos zahori, que si las aliadas de Alemania tienen con ésta intereses afines y carecen de personalidad lo bastante vigorosa para poder, en un futuro próximo, trocársele en rivales, las de Inglaterra han sido sus enemigas durante largas épocas históricas y no poseen intereses afines positivos; solamente las alía una negación: la germanofobia. Resulta de aquí que si Inglaterra lograra vencer, vencería ella sola; y si fuese vencida pagarían las costas sus aliados. Aniquiladas Rusia, Italia y Francia, podría Inglaterra pactar con su enemiga en las mejores condiciones posibles. Si no he podido —se diría ella— destruir a mi rival más temible, la gue-

rra me ha descartado de amigos peligrosos. Cumpliríase de este modo, una vez más, el hecho casi elevable a la categoría de ley, de que en sus iratos internacionales la Gran Bretaña nunca pierde. Pero si no sufriese pérdidas territoriales en su prestigio moral y en su crédito económico, las experimentaría tan importantes que serían la iniciación ostensible y oficial de su decadencia. Después de todo, las naciones lucharon siempre más por empuñar el cetro moral del mundo que por expansiones territoriales. Tienen aún más fuerza, entre ellas, como entre los hombres, la vanidad, y el orgullo, que la codicia. Sin recurrir a ejemplos históricos lejanos, ¿están en relación las luchas cruentas de Carlos V y Francisco I, de Luis XIV contra Inglaterra, Holanda y la Casa de Austria; de Federico el Grande contra todos sus vecinos coaligados, y de Napoleón contra Europa entera; están en relación, repetimos, con los cambios territoriales alcanzados al final de cada uno de esos ciclos? Sin duda alguna, no. Disputábase en ellas, lo que en ésta: la hegemonía. Quien la alcanza tiene en potencia cuanto desea. Los milagros del crédito llegan en este punto hasta límites no sospechados. El mundo está constituido por unas cuantas naciones machos (que van remudándose a través de la historia y trocando sucesivamente su sexo)

y de muchas hembras. Y la psicología de los pueblos viene a ser como la de los gallos; harto saben éstos que el medio único de hacerse dueños del gallinero, es pegar a los otros, humillarlos, y si les es posible, destrozarlos. El triunfo comunica al vencedor místicas e incalculables energías, y a la vez amilana y deprime al vencido, sojuzgando a los admirados espectadores.

Planteada la cuestión de esta manera, parécenos que Alemania ha triunfado ya. Sólo falta que Inglaterra juzgue llegado el momento de entregar su prestigio histórico a cambio de mantener las apariencias de una soberanía que, llegada a la cumbre, comienza a declinar.

PALMERIN.



Tanques capturados y destruidos por los alemanes en las últimas acciones de Cambrai.

LA VIDA ARTÍSTICA

UN RETRATO DE ZULOAGA (1)

Siendo Zuloaga nuestro pintor representativo, la significación de un retrato suyo —de un retrato de carácter nacional— no puede limitarse al análisis o a la figuración de un modelo; y cuando se trata, como esta vez, del retrato de una personalidad ya de por sí representativa en nuestra vida, debe considerarse la obra, ante todo, con relación al medio, ambiente y espíritu que, por el sólo hecho de ser de Zuloaga, pretende tácitamente encarnar.

Pasaron los tiempos académicos en que las caracterizaciones de Zuloaga eran insultadas como caricatura de españolada francesa; ya no es necesario explicar la falsedad de una representación fotográfica y la verdad de una acentuación. Hoy, todos los que sienten *el sentido íntimo* de España, reconocen como suya la verdad *supra-real* de los apasionamientos de este arte de exaltación; siempre será más verdadero, según su espíritu, un santo del Greco que una fotografía, si la tuviésemos, de un Santo. Los "cuadros castellanos", con castellanos iluminados según los colores de la indumentaria de Avila o Segovia, no dicen nada, ni a nuestra alma, ni siquiera a nuestros ojos; los personajes intensamente desproporcionados de Zuloaga significan, para todo el que los lleva en su sangre o los reconoce en su espíritu, imágenes de epopeya. Y la España grotesca, hermosa, vil y grande de Zuloaga, vibra como vibran las significaciones de los maestros-faros que representan todo un mundo: presente, pasado, cuerpo, alma, cielo y tierra.

Se dice "la mujer florentina", pensando en las figuras de Santa María Novella; se dice "la corte de Felipe IV", pensando en Velázquez. ¿En quién, sino en Zuloaga, habrá de pensarse un día al decir la España de nuestra época? Y como la intimidad de España no está sólo en los "Cristos de Sangre", en las "Corridas de pueblo", ni siquiera en la lumbre de las muchachas con mantilla o de las ermitas que agonizan encima de algún picacho (¿no es una sola la llama que envuelve a las piedras y a las gentes de España?)— el pintor representativo de su país y de su raza, después de haber pintado, por encargo, los espíritus decadentes de la celebridad cosmopolita, ha venido a pintar, con el resumen de toda su ciencia y de toda su pasión concentrada, el espíritu y la figura de una celebridad de aquí, pero celebridad fuerte y dura como la tierra que sirve de fondo al retrato.

Me gustaría agrandar el título de "Retrato de Daniel Zuloaga", con el de "Retrato de un obrero del arte". *Je suis un ouvrier de l'art*, decía el gran Rodín al reconocerse descendiente de los anónimos de las catedrales. Y la palabra "artista", está prostituida por todo lo que consiente de *amateurismo*, de trabajo fácil y de enaltecimiento vulgar. Obrero del arte; trabajador luchando y penando con la dura materia, la materia que se rebela y oculta su secreto y que hay que obligar, por la purificación y la eternidad del fuego, a dar su palpitación. ¿No es acaso, todo nuevo barro que entra en el horno, como una nueva e incognita Galatea? Obrero, sí, Daniel Zuloaga; separado por la gloria de su título fuerte del tropel de los que intentan crear sin dejar gotas de sudor y de sangre en su obra. Obrero, como fué obrero aquel que, en los tiempos inmemoriales del arte que nacía y de las leyendas que cantaban sus invenciones, descubrió, por todo lo que de un pecho de virgen, la forma de la primera copa. Y así, como a obrero consciente de toda su orgullosa filiación —pasada y futura—, es como lo ha pintado su sobrino Ignacio Zuloaga.

La vulgaridad de nuestra época no se merece, en ninguna nación, la consagración de una escuela de arte, y la degeneración de nuestro espíritu artístico ha llegado hasta entender, por escuela, los con-

juntos de fórmulas que distancian el arte de la vida. Arte individual; pero aquí, en el país de los individualismos rebeldes, la fuerza de la tierra es tal, que frente a las producciones exóticas agrupa en un solo bloque todas las manifestaciones de nuestro arte. Y así no le ha costado ninguna sumisión a Ignacio Zuloaga reconocerse del mismo espíritu que su tío Daniel, y no es sólo cuestión de dinastía.

Familias de artistas, hubo algunas, no muchas, a lo largo de la historia del arte. Hubo más bien patriarcados libres, en que la tradición era recogida libremente por discípulos voluntarios. Y no deja de tener cierta grandiosa ironía el que sea precisamente hoy, y precisamente en España, cuando una familia de artistas se manifieste, con una única significación, por dos clases bien distintas de producciones, resultado, las dos en un mismo grado, de cuatro generaciones de espíritus idénticos. A través de los damasquinadores, Plácido y Eusebio Zuloaga, el retrato de Daniel proviene directamente del espíritu de aquel D. Blas Zuloaga, glorioso armero que allá, a fines del *dulzón* XVIII, organizó, con la fuerza que hoy lleva el pincel del pintor, la Real Armería de Madrid, e inició de este modo el carácter representativo de los suyos.

Y está bien que sea hoy, y solamente hoy, cuando Ignacio Zuloaga nos ofrece esta efigie. Hoy Zuloaga "está de vuelta"; ha probado los caracteres sin carácter, con todos sus retratos innecesarios, desde Barrés, extraño en Toledo, hasta los Argentinos extraños en todas partes; retratos innecesarios porque no los necesitaba *imprescindiblemente*, como se necesitan las obras que uno lleva dentro; ha ido exaltando, progresiva e instintivamente, su sensibilidad con las figuras y los paisajes que se le levantaban sobre su tierra cuando abría el alma y cerraba los ojos; es decir, cuando veía con la clarividencia de sus sensaciones perennes; se encuentra en la plenitud de su dominación, de su exaltación y de su razonamiento, y entonces es cuando, como si esta debiera ser su obra única, encarna en la figura representativa del espíritu de su dinastía, todo el espíritu que siente palpar en él como en el receptáculo elegido de toda su raza.

¿A qué preparaciones? Son inútiles cuando la obra se presenta con su vida plantada y definida sin variación posible. Daniel Zuloaga, como buen obrero del arte, ha trabajado todo el día, tostándose ante sus hornos, y buscando, con amores de místico sienés, los azules iguales al cielo más diáfano que entra por los ventanales de su taller iglesia y los ocreos iguales a la tierra más seca de la Castilla que le rodea sin blandura y sin desfallecimiento. Sus hijos, las tres hembras y el varón robustos, han trabajado con él, para que no se extinguiera la llama sacra de la familia. Después de la jornada, el buen obrero se ha sentado, cogiendo en sus manos cansadas uno de los cacharros que mejor han llevado su alma a través del fuego. Y entonces, sencillamente, como quien hace una cosa decidida y realizada de antemano, Ignacio le ha pintado, con su blusa, su cacharro, su fuerza y su vida, encarnación de todo lo que le rodea y de todo lo que ha llegado hasta él. Nada más.

Yo creo que hablar de la técnica de las obras de arte es una vacuidad. Basta con hablar de su emoción. Si efectivamente esta emoción vibra, ¿no es que la técnica dijo lo que debía? ¿Acaso existe una técnica más perfecta que la que dice perfectamente una emoción? De todos los retratos de Zuloaga, el último, el de su tío Daniel, es el más emotivo, el más vibrante, el de la verdad más amplia y más estrecha; su técnica, libertada hasta poder decir exactamente lo que significa, es como debía ser. Y lo mismo da, para la verdad de la obra, que sea de manchas grandes o de toques menudos. Es, eso sí, *espontánea* incomparablemente, *nacida de la obra misma*; tan absoluta, que quizá un día, al decir "la España de nuestra época", se piense, antes que en ninguna otra, en la figura de D. Daniel Zuloaga, pintada por su sobrino Ignacio.

MARGARITA NELKEN.

(1) Por excepción, publicamos esta vez la crónica de arte sin ilustración, pues, por apremios de tiempo, no nos ha sido posible reproducir para este número el retrato, tema de este artículo; y, por otra parte, no hemos querido demorar el comentario —primero que se hace en la prensa— de la última obra de nuestro más ilustre pintor.

¿Sabemos escuchar música?

En el ambiente general, dominante hoy en España, el caso de la música es peregrino.

Por doquier se nos dice del gran renacimiento artístico, que la actualidad nos ofrece. La guerra europea nos despertó energías, desató actividades, empujó al arte; y por lo que a la música se refiere, estamos en plena efervescencia creadora: nuevos artistas, nuevos compositores, novísima crítica... Por supuesto, ello no pasa de apariencias; en el fondo, la opinión estética en estas cuestiones no pasa de aquél sentir castizamente hispano que se resume en la prodigiosa fórmula expresiva de todo cuanto no se entiende: «eso es música». Maese Arquitrabe continúa siendo el orientador de las opiniones.

¿Sabemos escuchar música? El artista creador, para concluir su obra y darla al público, necesitó antes poseer temperamento y aún técnica; necesitó esas cualidades indispensables para realizar el milagro artístico — ¡que tan poco se sabe apreciar! —, de convertir lo intangible, lo ideal, en una vida tangible y perdurable. Y luego el intérprete (especialmente cuando de música se trata, que es el arte interpretativo por excelencia) renueva el milagro y vuelve a crear lo creado. ¿No creéis que todo esto merece algo más que el criterio de «dilettante», empleado hasta por los artistas para juzgar de su arte?

Otro sistema es el de la intransigencia inútil, estéril, empleada para hablar de cosas de música. Ello es bufo... y trágico también. Con el criterio simplista de la ignorancia nunca se aplica debidamente la justicia; ¿una tela blanca tiene una mancha negra? Pues más fácil es, para inflarnos vanidosamente, decir que toda la tela es negra; ¡lo que a nosotros se nos escape!...

Así, para escuchar música, se aplican unos criterios arbitrarios, «artificiales», completamente fuera de la vida, en que consiste el arte.

Para el oyente vulgar, escuchar música es (en el mejor caso) disponerse a oír un rumor que puede llegar a producir escalofríos: como los gatos, cuando les pasan la mano por el lomo. La generalidad de los aficionados no pasan de ese placer fisiológico.

Otros llegan a una especial sinestesia y concuerdan tales sensaciones con efectos memorísticos: son los que no conciben que la música fuera creada para otra misión que para pegarse al oído. Si no «se pega» no es música.

A esta turbamulta de perezosos del ánimo es inútil decirles que escuchar música es convertirse también en creadores de imágenes y fantasías, hermanándose todos: artista inventor, artista intérprete y oyentes, en el misterio augusto de la creación... ¡Todo eso es música!, dicen amable, analfabetamente. Y se quedan tan convencidos de que su majadera inercia es una fuerza nacional.

Y no es eso lo triste, sino que también hay artistas... activos (perdonad la intención) que se ponen el disfraz de guías de la opinión; y dicen cosas divinas cuando llegan al capítulo de los sombreros. ¿No fué un pianista bombeado por los rotativos el que dijo, escuchando a un barítono célebre: «si este mozo sigue así, pronto llegará a tenor»?

Cuanto a la crítica (y no incluyo, claro es, a los buenos críticos) su caso resulta verdaderamente excepcional. En el naufragio de valores que estamos presenciando cada día, y en el reinado de la gaceta imbecil suplantando a la impresión de arte (¿se puede ser crítico sin ser artista? ¿ha de prevalecer La Harpe sobre... Rodin?), imposible saber cuándo es oro de ley lo que ante el público se presenta, y cuándo es parodia incivil de arte.

Mientras en pintura, por ejemplo, nadie piensa llantar insulto, ñoño o desgraciado a Murillo, porque luego viniese Goya; en cambio nuestra crítica rotativa (si no se viera no se creería) es preciso comprender cuanto ignora de los valores de cada forma de arte, para explicarnos sus denuestos contra formas anteriores: porque estamos en tiempos de Ricardo Strauss o de Stravinsky, ¡hay qué ver con qué estúpido desdén hablan los gaceteros de *l Puritani*, pongamos por Bellini!...

El ejemplo es verdad que viene de arriba. Todos saben cómo los primeros literatos, cuando hablan de música, suelen decir tonterías de a folio. Recordemos cómo Casares nos hizo ver al famoso literato A... quien nos habla de un violonchelista que toca solo, la 9.ª, sinfonía de Beethoven; como si dijéramos la «Consagración del Graal», en la ócarina.

Otro de los conspicuos tuvo hace poco una peregrina idea: le cansaba oír más de tres conciertos semanales y escribía muy

formal: «Sentimos ya el peso abrumador de esta plétora de musicismo que nos agobia...»

Otro llamaba «igrotesco» la abundancia de conciertos, y añadía: «Bien está que la afición a la música aumente entre nosotros, pero ¡caramba! todo tiene su límite; una cosa es el uso y otra distinta el abuso...» Total: porque en un día se dieron tres conciertos.

Y claro es, que ya puestos en esta derivación, nada tan épica como esta prueba de suficiencia, dada por otro de los orientadores de marras; decía de un concierto de Arturo Rubinstein: «El pianista ejecutó en los seis números de la *Suite-Iberia*... la célebre sonata de Hammer, en la que hizo una labor admirable...»

Este Hammer, autor de sonatas, descubierto de tan admirable modo, es un compositor fantástico por demás. Sabido es que el mecanismo de los marinetes aplicados a cuerdas metálicas para producir sonido (verdadero sustituto del mecanismo para «clavecín», y antecesor del piano moderno), se llama en alemán *Hammer* (martillo). Ahora bien; Beethoven escribió una de sus célebres sonatas (la núm. 29, obra 106, en *si bemol*), queriendo que se ejecutase precisamente en el piano de marinetes (o sea el piano actual), y no en clavecín, ni en clavicordio. Y la tituló: *Hammer-Klavier Sonate*; es decir, «Sonata para piano de martillos...»

Total: que descubrimos al célebre compositor de sonatas, el inefable señor Hammer...

Y ¡vive Dios! que Berlioz decía bien cuando exclamaba: *Il y a donc d'innombrables modifications à apporter dans un art aussi peu avancé...*

EDUARDO L. CHAVARRI.

El porqué del torpedeamiento de algunos buques.

En el Cantábrico

Era en las postrimerías del Gobierno Romanones. Un buque de una poderosa Compañía bilbaína navega, abarrotado de piritas, por aguas del Cantábrico, y es detenido por un submarino alemán de alto porte. Requerida la documentación, presentó el Manifiesto: *destino, Bilbao*. El comandante del submarino insinúa la posibilidad de que exista un segundo Manifiesto, con destino a un puerto francés. El capitán del buque español protesta airado. El del submarino insiste, y reclama la palabra de honor, que otorga el capitán del buque. Saludos corteses; parte el buque, y arriba a Bilbao.

En Madrid

Al día siguiente, recibe la Dirección General de Aduanas petición telegráfica, rogando que, por el mismo conducto, se autorice la salida del buque en cuestión: *destino, un puerto francés*. La Dirección contesta no ser necesaria esta formalidad para que zarpe un buque, cualquiera que sea su destino. Nueva insistencia. La Dirección vuelve a contestar que sólo dará la autorización si la Superioridad se lo ordena. Conferencia telefónica con el Ministerio de Hacienda. Este recurre al Ministerio de Estado. Y nadie se atreve a ordenar a la Dirección de Aduanas que autorice la salida del buque español con destino a Francia.

Simultáneamente, la Embajada de Francia solicita, por la vía diplomática, la inmediata autorización. La Embajada de Alemania habla de tomar represalias — de 3 por 1 — si el buque zarpa con rumbo al puerto francés. Un agente de la Compañía bilbaína preséntase en la Dirección General de Aduanas reclamando, a su vez, la autorización, y amenazando con la presión diplomática del Gobierno francés, de no accederse a lo que solicita. El Director de Aduanas levántase y le arroja duramente. Entretanto, surge la crisis...

Epilogo

El Sr. Marqués de Lema, en el Ministerio de Estado: un nuevo Director de Aduanas concede la anhelada autorización, y zarpa el buque para Francia.

Días después, navegaban en convoy, custodiados por buques aliados, cinco navíos españoles. Otro submarino que surge. Tres barcos españoles son torpedeados. La Prensa no da cuenta del torpedeamiento, ni el Gobierno del Sr. Dato presenta reclamación...

Esto se contaba, no ha mucho tiempo. ¿Será algo semejante lo del *Giraldá*?

CRONICA MILITAR

Con intrigas no pueden ganarse batallas. Podrán velarse, desfigurarse, paliar, pero no vencer, si es que no se tiene otra arma que las de la mentira y la calumnia.

En este sentido se expresaba, no ha mucho, el general búlgaro Protogerof, y completamente de acuerdo con él estamos nosotros.

Si en la vida ordinaria y en cuestiones de poca monta es tan expuesto tergiversar la verdad de los hechos, porque suele tener ello como corolario el ridículo; cuando, y unas veces nuestra mala memoria, y otras la fuerza aplastante del tiempo hacen resplandecer con toda claridad la verdad, que no puede ser sino una; imagínese qué no sucederá cuando los hechos que se ventilan son de los que integran factores primordiales de esta gran tragedia que, si estragos y horrores produce, también ha de proporcionar grandes bienes a la humanidad, siendo el primero y más importante de ellos la forzosa liquidación de lo mentiroso y de lo falso, y el advenimiento de la Verdad y la Justicia, como reinas de las futuras generaciones.

Los aliados han estado, meses y meses, acumulando falacias y sofismas, que forman legión; faltas de vigor como bloques glaciales; pero el sol de la verdad real se encargará de deshacerlas.

Frente a las frases altisonantes y lugares comunes de los aliados, tan conocidos, de protección a los pueblos débiles, independencia de las nacionalidades, etc..., han contestado los rusos diciéndoles: «Los gobiernos de los demás pueblos, hasta ahora no han intervenido en las negociaciones de paz y se han negado resueltamente a formular los motivos de esta conducta. Pero es lo cierto que ya no se puede afirmar que la guerra sigue

que esto no significaría otra cosa que una defensa del más oculto y cínico imperialismo.»

Eso tiene aquí, en nuestro país, mis queridos rusos, una calificación muy precisa: se llama *la ley del embudo*, desgraciadamente, muy en uso en todas las latitudes.

El anterior es un buen ejemplo de nuestros primeros asertos, pero vamos con otro.

Siempre ha pregonado la *Entente* que los imperios centrales andan muy escasos de material de guerra, víveres y hombres, teniendo ella, en cambio, plétora de todo.

Heos aquí ante una nueva bola de nieve de las que antes hablábamos; pero veamos cómo los candentes rayos de la verdad (de la que va a ser portavoz el coronel Repington, en el *Morning Post*) se encargan de deshacerla.

«Yo creo, dice aquél, que se necesitan 1.200.000 hombres nada más que para mantener los efectivos en 1918. A esto hay que añadir 300.000 hombres para sustituir a los heridos que habrá que retirar del frente. En total, 1.500.000, sólo para conservar los efectivos actuales.

Además, siempre he sostenido que es necesario añadir 30 divisiones frescas a las que tenemos ya. Pero no hemos hecho nada, en tanto que los alemanes acrecientan su ejército en 700.000 hombres. Y, por consecuencia, ahora es necesario añadir, no ya 30 divisiones, sino 60. Podemos contar, como sabemos, con 630.000 hombres. Existe, por tanto, un déficit de 870.000, y para obtenerlos, a mi juicio, se deben traer 100.000 de Salónica, aumentar 220.000 en el nuevo esfuerzo de reclutamiento, pedir 200.000 a Irlanda (¡ahora escampa!), y llamar a filas a 240.000 jóvenes de dieciocho a diecinueve años, como medida excepcional.»

Y ¿cómo no cuenta usted con los yanquis, mi respetado y querido coronel? ¿Con esos millones de hombres que nos pintaba la prensa aliada?

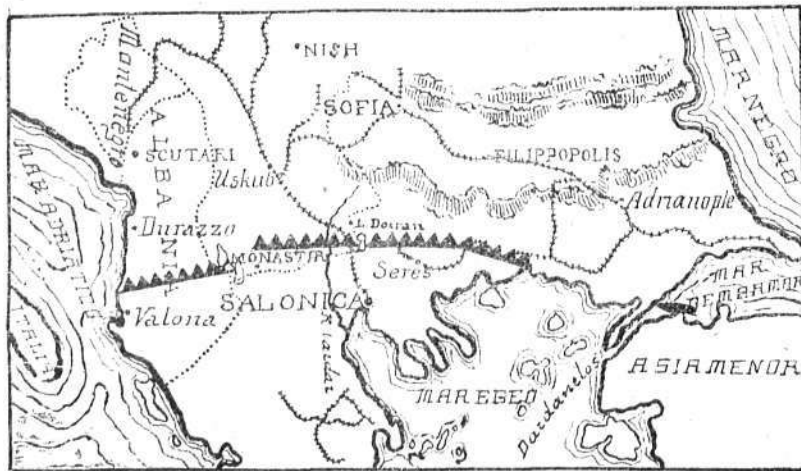
Voy a contestarte estas preguntas, lector. El general Crombez declaró hace poco al Congreso de los Estados Unidos que el máximo de fuerzas que América puede enviar a Europa es de 700.000 soldados al año.

Por otra parte, los aliados han perdido, en once meses, 8.958.000 toneladas.

¿Te convencen estas dos razones?

La acción está paralizada en todos los frentes. Lo más interesante son las mil conjeturas que se hacen acerca de la próxima ofensiva en Occidente, que por falta de espacio no examino.

ZEPPELIN.



¿Es que piden, como nosotros, el derecho de regir sus propios destinos para los pueblos de Alsacia, Lorena, Galitzia, Posnania, Bohemia y los demás territorios eslavos aliados? En caso afirmativo, deben decir si, por su parte, están dispuestos a conferir el mismo derecho de decidir su destino a los pueblos de Irlanda, Egipto, India, Indochina y Madagascar (y Gibraltar, añado yo), del mismo modo que la revolución rusa lo ha hecho respecto a los pueblos de Finlandia, Ucrania, Rusia blanca, etc...

Si se pide el derecho de regir sus propios destinos para los pueblos ajenos de Estados enemigos, pero privándose del mismo derecho a los pueblos de los Estados propios, es evidente

MIRANDO LOS CARTELES

UN PROVINCIANO.—¡Perdón, caballero! Podría usted indicarme a qué teatro debo ir? Parece usted hijo de Madrid, y me he permitido...

UN MADRILEÑO.—Ante todo, yo no soy «hijo de Madrid»; ni creo que lo sea casi ninguno de los socios del distinguido centro de ese nombre... Sobrino de Madrid, en todo caso... Madrid (si tiene género, y éste es femenino), más que madre, es una hermosa y buena tía nuestra, a cuya casa venimos de mozos muchos provincianos. Sustituimos hoy a sus hijos, debilitados por la vida de corte, que refina, pero de substancia, esteriliza y descrema. Los nuestros —verdaderos hijos de Madrid— llevarán un apellido ilustre en la frente, pero nada más, y en cuanto a los hijos de nuestros hijos... ¿no le parece a usted que es pensar demasiado?

P.—En efecto; yo sólo aspiraba a que me aconsejase usted dónde debo ir esta noche...

M.—¡Dios me libre! En todo caso le diría adónde no debe usted ir, y aún eso...

P.—Es lo mismo.

M.—Bien; empecemos con los carteles. En Eslava...

P.—Sí; ¿qué es eso de *Jesús, María y José*?

M.—Es la exclamación de asombro que brota de los labios a la salida... El autor, acusado de plagio del francés —lo que se puede— ha escrito con ingenuidad de primera comunión: «¡pero si mi obra no tiene asunto!» ¿Para qué? Es la vuelta al sainete inarticulado de Vital Aza o de Parellada, salvo el asunto y... la probidad; porque ahora al autor le ha salido al paso el señor ídem, descubriendo que aun eso —adaptado, efectivamente, del francés— es alcohol desnaturalizado de una obra suya, en colaboración... Antes, el Sr. Baeza desalojaba de la Princesa al intruso Sr. Planiol, y luego... Sencillamente, que acude usted a solazarse con la alegría de un sainete, y luego se entera de que ha asistido a un horrible drama policiaco, que se desarrollaba, tácitamente, entre bastidores... *El Sembrador*, de Antón del Olmet, es un ensayo de drama nacional, de la nueva tendencia (así, *La ciudad alegre y confiada*, *El pueblo dormido*), en estilo vano y declamatorio; aunque disculpable, si es cierto que salva la buena intención. La técnica teatral es algo más compleja que la técnica política al uso. *El Sembrador*, con el tiempo aprenderá el oficio, si es que tiene algo que sembrar...

La del alba serla es un boceto de comedia, a la antigua usanza, tan anodino como una novela de Palacio Valdés, o como un número de A B C... ¿cabe más elogio? Pero ha de aplaudirse a la empresa, que lucha —no sin concesiones— por elevar al público hasta las tablas del teatro.

P.—¿Y el clásico Teatro Español?

M.—Ha encontrado al fin un autor-empresario absolutante, i dóneo (como empresario): Federico Oliver. Sus tragicomedias

son nuestros gigantes y cabezudos, tarascas y peles de la España de hoy, declamando —vociferando— párrafos de «La voz de la calle»... Se tropieza con un harapo de problema social en mitad del arroyo; le echa el gancho y le empala, y le viste, y le lanza a las tablas. Es aquello un verdadero gran Guignol. Por las tablas primitivas de su tríptico dramático —*Los semidioses*, *El crimen de todos* y *El pueblo dormido*— pasa una visión, que un día será exhumada como historia. ¡Lástima que esta última, viviente y sana, como realismo y como moral, no sea, además, una obra de arte! Al género castizamente español pertenece,

asimismo, el drama regional *La Alcaldesa de Hontanares*. No es tan sugerente como *Señora Ama*, ni alienta en él la tragedia de la raza que centellea en *La Malquerida*, y sacude en *Tierra baja*; pero se impone por la propiedad del lenguaje, y la armonía del cuadro es grata. Faltan bríos en el desenlace, mas en el segundo acto hay una escena definitiva por el acierto. Eso de *Jhon y Thun*, que intenta ser el *Quijote* de los dramas policiacos, es una graciosa profanación de aquel noble escenario, y, personalmente, el verdadero «último pecado» de Muñoz Seca.

P.—Bien; pero aquí tenemos el cartel de la Comedia, ¿qué me dice usted de *El rayo*? ¿Qué es eso de *Los íntimos*?

M.—Desde hace veinte años no se ha escrito comedia tan proporcionada, tan cabal. La psicología contradictoria de aquel Don Asdrúbal (Sr. Bonafé), viejo cómico de sentimiento del honor exaltado por las representaciones de Calderón, y de insensibilidad moral, extremada por la miseria; mitad hidalgo, a lo Pedro Crespo, y mitad pícaro, a lo comediante hampón de *El Pasajero*, es admirable. *Los íntimos* es un viejo vo-

devil de Sardou (*Nos intimes*), basado en una fábula de La Fontaine, delicadamente gracioso y fino de corte.

Días pasados, al intentar su primer vuelo, en las candilejas de este teatro *Papillón*, sintió el espanto de ver arder sus alas... Otro día, *Zezeida*, la muñeca de dos niños precoces, hizo allí su mueca primera con poca suerte, porque el público pensó que de los bailes rusos pueden sacarse modelos para el carnaval, pero un poco después de la representación..., en el baile de máscara.

Al menos, nada hay aquí como lo del Reina Victoria (que ha sido holgura la de poner bajo tan noble patronimio a semejante género).

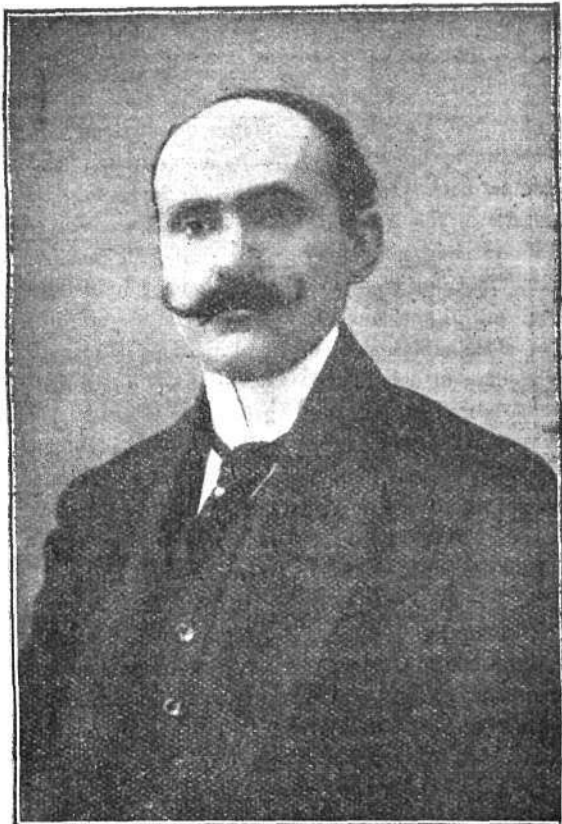
P.—¿Dice usted que en el Reina Victoria...?

M.—Nada digo, y nada censuro; antes, ha de aplaudirse, al menos, la sinceridad que significa el mantener en un teatro lo que pudiera decirse la pureza de un género... Como ve usted, hay donde elegir...

P.—En efecto; mas, por esta noche, prefiero acostarme. Mañana...

M.—Sí; acaso no pierda usted nada

DON LOPE.



D. Antonio Ballesteros y Beretta

Sabio Catedrático de la Central, cuya recepción en la Real Academia de la Historia tuvo lugar el domingo último.

DE LA SEMANA

Teatros.—¿Qué paso con *Zelaida*? ¿El parto de los montes? Nosotros, la verdad, desconfiamos *a priori* de los niños-prodigios-fenómeno-virtuosos, etc.... ¿Será que, *a posteriori*, la realidad nos habrá dado la razón, confirmando que una cosa es el acrobatismo — en teclado o trapecio ¿qué más da? — y otra la creación? *Dicen* que la técnica estaba muy bien, pero que... *Dicen* que María Esparza sabe bailar admirablemente, pero que... *Dicen* que la Compañía de la Comedia tiene mucha gracia con babuchas, pero que... *Dicen* que fué un éxito... pero que... Y vuelta al *Rayo*, idiota y bienaventurado, y a *Cabríta que tira al monte* simpática, anodina y bienaventurada.

Arte.—Se ha reunido, a puerta cerrada, un nuevo jurado para adquirir algunos de los carteles demasiado escandalosamente postergados en el Concurso del Círculo. A pesar del cerrojazo, ya se conocían los elegidos, aun antes de la reunión del jurado. Y es que *no podía ser de otro modo*. A Ribas se le debió de amargar un tanto el banquete. ¡Qué demonio! El chico no tiene la culpa y es modesto, y simpático. Pero, ¡enhorabuena, Bartolozzi! ¡Enhorabuena, Penagos! ¡Enhorabuena, Antequera-Azpiri! ¿Y si no hablásemos ya del ridículo de ese jurado, que necesita que le enmienden la plana?

En el Ateneo celébrase una ultra alimbarada, ultra-insubstancial y ultra bonita — (¡oh *combien!*) — exposición de retratos femeninos del Sr. Sánchez-Yago. ¡Mire usted que presentarnos una Raquel Meller con cara de niña boba y una Pérez de Vargas *sacada* de una fotografía!

Música.—Han sido, por fin, juzgadas las obras del concurso de la revista *Música*. Premio: *Pinceladas de Castilla*, de A. Ortega, la mejor obra del concurso y una de las mejores producciones españolas oídas este año. El jurado: Bretón, Villar, Arbós, Julio Gómez. Y las obras se oyeron antes de juzgarse. Como quien dice, en pintura y dibujo, Blanco Coris, doctor Forns y el hijo de Palencia y de María Tubau. Vamos, el equivalente en prestigios.

Pero *La Ilama* triunfó; verdad que en San Sebastián. Aquí la novedad de *Fausto*, la *Sonámbula* y otros *chefs-d'œuvres*, no deja sitio para la obra maestra del gran, muy grande, Usandizaga.

De Concieros.—Pérez Casas que, con la VII sinfonía de Brückner, prosigue su admirable labor de verdadero artista.

Universitarias.—Ciencia ante todo... ¿Quién habla de política, ni de ensalada de elecciones? El caso es que *ahora* es cuando nos da-

mos cuenta de que quizá no tengan ciencia suficiente los doctores por Burell, y que da la casualidad de que *ahora* habrá lavado de ropa sucia en la Universidad — esa ropa que debería lavarse en casa y calladito —, con motivo de las elecciones de senador.

Bibliografía.—Parece ser que acaban de publicarse —lujosamente editadas, en un solo tomo, por la Casa Viuda de M. Minuesa de los Ríos— las *Memorias comerciales de la Cámara de Comercio de Madrid* de los años 1912 a 1918, *inclusive*. Muy de veras celebramos haya salido a luz tan secreto documento. Los economistas españoles están de enhorabuena.

Vida económica.—Parece ser que lord Cunliffe padece un agudo ataque de ictericia, debido al resonante éxito de su misión en España, con objeto de hacer un empréstito que, con el altruismo bien conocido de los ingleses, nos ha de proporcionar las libras esterlinas de balde y con su chocolate, además.

Se ha llegado por fin a la conclusión de un acuerdo comercial con los Estados Unidos. El Sr. García Prieto, con la modestia que le caracteriza, asegura que todo el triunfo corresponde al Sr. Ventosa y al marqués de Urquijo. ¡Como no se sabe lo que puede ocurrir!...

Varios.—*En la acera de enfrente.*—El Sr. Oteyza dice, a voz en grito, que el señor Araquistain se deja patear como un felpudo y que, cuando la revolución de Agosto, fué cazado — tras una chimenea — por el procedimiento que se caza a los gatos, diciéndole: "Micho, michito...". Certifica, además, que para el señor Aranquistain, ocultarse de la policía, ya que asegura no haber hecho nada, es lo mismo que si, perteneciendo al sexo masculino, hiciera una novena para evitar fiebres puerperales, y que, en el género bufo, el Sr. Araquistain puede conseguir algunos éxitos.

El Sr. Araquistain llama al Sr. Oteyza gozque, anormal, cretino, anallabeto, indocumentado del espíritu sin la menor sombra de célula intelectual, gorila del siglo M antes de nuestra era, clown, troglodítico personaje. Dice, además, que el oficio del Sr. Oteyza es hablar de libros sin haberlos leído, que fué expelido a patadas de Barcelona y que, con pretexto de artículos, escribe una guía de Madrid que es algo así como un Baedeker de la estupidez. Sin contar con que, entre otras amenidades, habla de su "simiesca figura". En la *chère France* se dice que "les loups ne se mangent pas entre eux". ¡Por favor, señores intelectuales, representantes de la intelectualidad anti-kultural, un poquito de cultura! Con *k*, o con *c*, da lo mismo.

LOS LIBROS

Jean Ajalbert. *Le Maroc sans les boches. Voyage de Guerre.* — Paris, 1917.

Permitásenos glosar el título, al margen de la portada. *Le Maroc sans les boches*... y Francia sin una inquietud de pesadilla. Al desarrollar su imperialismo colonial, en Marruecos, ha cosechado Francia los recelos y sobresaltos que surgen al paso del merodeador. Desde el épico gesto del Kaiser a su desembarque en Tánger, Alemania ha cuidado energicamente los derechos de sus súbditos, que,

en competencia legítima, ganaban el nuevo mercado, oponiendo su actividad comercial a la acción militar francesa. De aquí el regocijo y saña que acompañó a la expulsión de los rivales, sin advertir que los fusilamientos de los comerciantes alemanes en Casablanca empañarían el brillo de la justicia y el derecho, con que pretenden lucir las naciones aliadas.

Francia —el mejor postor en la subasta de Marruecos, pagando a Inglaterra, dueña del mundo, con sus antiguos derechos sobre Egipto— ha representado en este negocio el papel imperialista; y sus

escritores, se la reparten también a Alemania. Así, Louis Maurice, en *La Politique marocaine de l'Allemagne*; Chailley, en la *Revue politique Parlementaire* (10 Noviembre 1917) y, ahora, Ajaibert.

Ajaibert es un veterano periodista del *Gil Blas* y de *El Figaro*, que cuenta, entre sus producciones, versos, novelas y relatos de viajes. Las campañas ruidosas en el periódico, el tufillo pornográfico de sus novelas y la distinción de que, en cargos oficiales y condecoraciones, le ha hecho objeto el gobierno de su país, le dan cierta notoriedad que no tuviera por sus méritos. La guerra le dió asunto para varios libros. En *Dans Paris la Grand Ville* pulsa los latidos de la guerra, en la misma entraña de Francia. Y para librarse sin duda de la angustiosa atmósfera va a Marruecos, donde los alemanes quedan algo más lejos...

Le Maroc sans les boches es un conjunto de triviales observaciones de viaje y de ardientes apologías a la obra civilizadora de Francia, expuestas en un estilo declamatorio y desproporcionado. El interés geográfico y literario decae ante la preocupación política, por la que incurre en manifiestas exageraciones. La pequeña guerra de Francia — que aún existe en su zona como en la nuestra, si bien su rumor es apagado por el estruendo de la grande — es para Ajaibert *la guerre en beauté*. No tienen, pues, de qué lamentarse los kabilas despanzurrados por la metralla francesa, y si se quejan, son unos decontentadizos que no saben lo que quieren. Los mató la guerra, pero no una guerra cualquiera. Ahí es nada. *C'est la guerre en beauté!*

El único valor del pequeño libro que nos ocupa es su poder evocador del contraste. En las descripciones pintorescas y humorísticas de Amicis y en las retocadas con poética melancolía por Loti, conocimos un Marruecos cerrado a la cultura y a la ambición europea y abierto a la inspiración. El que nos presenta Ajaibert es un Marruecos metamorfoseado. Aquellos penetraron hasta Fez en caravanas de tiempos patriarcales, escoltados por guerreros árabes; ahora se viaja con menos solemnidad en automóvil y ferrocarril. En cuanto a la ciudad sagrada, está profanada por una feria de muestras francesas. Al sultán severo y afable, rodeado de un prestigio sagrado de misterio — figura central de los cuadros que nos dejaron Amicis y Loti — sucede un vulgar residente francés. Ya no trabaja la imaginación del europeo en torno a soñadas aventuras del harem: le preocupa más el precio de un kilo de azúcar. Loti comenzaba su *Au Maroc* protestando de que fuese a tratar de política: Ajaibert apenas se ocupa de otra cosa.

En nombre de los ideales de artista soñador, por los que clamaba el autor de *Le Roman d'un spahi* contra la penetración europea en Marruecos; en nombre de la leyenda africanista española desde la reconquista hasta la guerra del cincuenta y nueve — explosión de heroísmo que Inglaterra hizo estéril —, *Le Maroc sans les boches...*; Sí; pero, también, sin franceses.

J. ANTÓN.

M. Romera Navarro, *El Hispanismo en Norte-América*. Madrid,

Renacimiento, s. a. [1917].

Es la obra del Sr. Romera Navarro un libro útil al investigador por las noticias que recoge, y a la vez un bello trabajo de vulgarización.

El Sr. R. Navarro divide su libro en dos partes: la primera dedicada a los "precursores", y que pudiéramos llamar el período romántico de los estudios hispánicos; la segunda, a la copiosa labor de los contemporáneos en todos sus aspectos: eruditos, traductores, editores, poetas, etc., etc.

Esta parte segunda es la más útil, por contener en las notas la bibliografía, bastante completa, de las obras y artículos de revista que

se han publicado, hasta la fecha, sobre España, en los Estados Unidos.

Creemos que la primera parte de este libro debió merecer a su autor una atención más profunda que la que le dedica. Los estudios hispánicos en los Estados Unidos, en su primera época, nacieron como una rama del árbol frondosísimo que a la sazón florecía en Inglaterra.

Era aquella la época en que nuestra tradición y nuestra historia eran saqueadas en busca de asuntos para las leyendas del gusto romántico; era la época en que Walter Scott se inspiraba en nuestro fundador de la novela histórica, y en que eruditos y poetas de habla inglesa venían a este apartado jardín de las Hespérides en busca de las flores preciosas de la inspiración y la poesía.

La importancia de Washington Irving y de Prescott no ha de ser apreciada únicamente desde el punto de vista español; han de ser considerados como dos meritisimos restauradores (especialmente el primero) de la historia artística, del valor literario de la obra histórica, como una reacción contra el criterio puramente documental y diplomático. Son ellos los más conspicuos representantes de su época y de la concepción histórica, a la manera de la escuela de Thierry y de Bazante.

Termina esta primera parte con un capítulo dedicado a la labor del gran hispanista Huntington, fundador de la Sociedad Hispánica de América, que ha tenido para nuestro idioma y nuestra cultura un culto fervoroso, como hasta ahora únicamente lo había recibido la civilización de los pueblos clásicos. Esta labor no ha sido apreciada aquí como se merece y ha caído en medio del indiferentismo suicida de un pueblo que ni se conoce ni se aprecia.

Echamos de menos una mención más detenida y completa de los merecimientos como hispanista del español Juan C. Cebrían, quizá no tan bien conocidas como aquí en Norte-América.

El Sr. R. Navarro, en la segunda parte de su obra, va siguiendo los trabajos de los numerosos hispanistas norteamericanos, y la mayor parte de las veces extracta, bastante minuciosamente, los escritos de que habla.

Indudablemente el Sr. R. Navarro conoce mucho mejor la literatura hispanista de los Estados Unidos que nuestras propias obras literarias. Por esto, de seguirle detalladamente en su labor, tendríamos que discrepar de él en algunos juicios personales que va intercalando entre sus utilísimos extractos de libros ajenos.

En alguna ocasión nos parece que están injustamente preteridos a las notas algunas obras. Por ejemplo el utilísimo trabajo de Buchanan: *Spanish Literature, Exclusive of the Drama. General Histories, Studies and Collected Texts, 1891-1910*, que marca una orientación de bibliografía previa, que deben tener muy en cuenta los historiadores literarios.

Creemos, también, que el profesor Pietsch merecía un más detenido estudio de sus meritorios escritos.

Es muy de lamentar que el Sr. R. Navarro no haya podido cuidar de la corrección de su obra, evitando las numerosas erratas que ahora la afean.

Después de leído este libro se saca, como impresión final, que la característica de los estudios hispánicos en Norte-América es la publicación correcta y minuciosa de nuestros textos literarios.

Libros como el del Sr. R. Navarro debían publicarse respecto a los demás países en que los estudios hispánicos han adquirido gran desarrollo. Tendría esto, además del enorme interés de la información bibliográfica, un valor extraordinario para la futura historia de la crítica y de la erudición en España. Aquí, donde se había interrumpido la tradición de la publicación de textos, que en el Renacimiento realizábamos, hemos tenido que aprenderlo casi todo de los extranjeros. En otros países, donde continuamente se hacían ediciones de clásicos griegos y latinos, no tuvieron más que aplicar la mis-

ma técnica a las ediciones de los autores modernos, cuando estos adquieran un valor histórico. Únicamente el meritisimo D. Tomás A. Sánchez, primer editor de un cantar de gesta en Europa, descuella aquí como árbol solitario durante gran número de años.

En otros aspectos, el que historíe el hispanismo alemán, tiene forzosamente que hacer la historia de nuestras ideas críticas respecto a nuestra propia literatura, especialmente la dramática, pues de Alemania nos ha venido en diversas épocas la revisión de valores que ha alterado tantas veces el cuadro de las jerarquías de nuestros au-

tores dramáticos. La historia de nuestro teatro es, aún hoy mismo, alemana, y los estudiosos alemanes cuidan de conservar siempre esa gloriosa tradición que va, desde los Schlegel a Schack, y pasando por los escritos aún hoy indispensables de Klein, Schaffer y tantos otros, llega a los recientes trabajos de Creizenach (1).

PEDRO SÁINZ.

(1) Un útil, aunque incompleto resumen de los Estudios hispánicos en Alemania, se ha publicado recientemente en la revista hispano-alemana *Deutsche Warte* (Atalaya Alemana).



IDEAL MESA DE CAMA Y BIBLIOTECA

formada por un tablero de 61 por 46 centímetros, que sube o baja a voluntad y se inclina instantáneamente a cualquier ángulo deseado, desde el horizontal al vertical; con soportes plegadizos para libros, y otro tablero, de 33 por 22 centímetros, que sirve de pequeño atril

o mesa auxiliar

Es el mueble más útil que se ha inventado. Construcción científica de tubos de acero. Peso con embalaje,

15 kilos

PRECIO: 68 PESETAS

L. ASIN PALACIOS

Preciados, 23, Madrid.

— Casas recomendadas a nuestros lectores —

Agencia marítima Hering, Dormitorio San Francisco, 7, Barcelona.

Ahlers (Jacob), Santa Cruz de Tenerife.

Allgemeine Electricitäts Gesellschaft (Thomson-Houston Ibérica), Ronda Universidad, 32; Aragón, 285, Barcelona; Nicolás María Rivero, 8, Madrid.

Allgemeine Erzgesellschaft, Sevilla.

Amann & Wendel, Rambla Cataluña, 20, Barcelona.

Armosa (José Luis), Gallego, Sevilla.

Arozena (Fernando), Santa Cruz, Tenerife.

Arozena (José), Santa Cruz, Tenerife.

Arrabal (Gabriel), calle Alcazabella, 20, Málaga.

Arroya (José), Atocha, 4, Málaga.

Augener (Enrique), Las Palmas.

Banco Alemán Transatlántico, Barcelona-Madrid.

Baquera Kusche & Martín, Málaga y Sevilla.

Behn (Enrique), calle Pascual y Genís, 2, y calle Colón, 9, Valencia.

Beilberg (Josef ou José), Martín de los Heros, Madrid.

Beuder (Hijos de H. A.), San Feliú de Guíxols, Barcelona.

Beutel (Edmundo), calle Pascual y Genís, 19, Valencia.

Bjerre A. (Bjerre Sucesores), Cortina del Muelle, 21, y Alameda, 28, Málaga.

Blas Herrero, Málaga.

Bleiberg (José), Martín de los Heros, 83, Madrid.

Boetticher & Navarro, Zurbano, 58, Madrid.

Braun (Antonio), Santa Cruz, Tenerife.

Brauner (Hugo), Barco, 6, y calle Colón, 86, Valencia.

Buckard (Julio), Alicante.

Barmester (Hermann) et Filho, Martínez Padín, 21, Túy.

Cano (Emilio), Valencia y Alicante.

Canthal (L.) & C.^a, Muralla de Mar, Cartagena.

Chamizo (Fulgencio), Casas Quemadas, 14, Málaga.

Chell (José), Vilches, Isaac Peral, 22, Cádiz.

Coca (Joaquín García), calle Príncipe, 1, Madrid.

Compañía de Alcoholes, Bilbao.

Compañía Sevillana de Electricidad, calle San Pablo, 30; Avenida San Sebastián, Sevilla.

Continental Tyre & Rubber C.^o, calle Florida, núm. 13, Madrid.

Coppel (Carlos), Fuencarral, 27, Madrid.

Grosa (Angel), Tenerife.

Deutscher Nachrichtendienst für Spanien, calle Santa Teresa, 8, Barcelona.

Deutsches Kohlen [Depot] Gesellschaft, Santa Cruz, Tenerife.

- Diego (César de), Colegiata, 13, Madrid.
Dorr & Lensten, Málaga.
Drak (Otto), Alicante y Valencia.
«Edén Bebé», Consejo de Ciento, 159, Barcelona.
Engelhardt (Otto), calle San Pablo, 30, Sevilla.
Erhard & C.^a, Bilbao.
Escuder (José), Valencia.
España (Antonio), Málaga.
Falkenstein (Félix), Colegiata, 13, Madrid.
Feustel (Otto), Consejo de Ciento, 322, Barcelona.
Fliedner (Jorge), Madrid.
Frade (Francisco), Madrid.
Freudenthal (Gustav), calle del Coso, Zaragoza.
Gaissert (Emilio) & C.^a, calle Princesa, 61, Barcelona.
Gaissert (Emilio M.), calle Princesa, 59, Barcelona.
Gans (Richard), calle Princesa, 63, Madrid.
Gaswerk & C.^a, Santa Cruz, Tenerife.
German Cable & C.^a, Tenerife.
Gonçalves (Hermanos), Las Palmas y Tenerife.
Gonçalves (Francisco), Las Palmas y Tenerife.
González (Julio), Alameda de Mazarredo, 1, Bilbao.
Gottschalk (Hermanos), calle Bailén, 27, Barcelona.
Gotz (Antón), Hotel Moderno, Tuy.
Grösch (Federico), calle Córcega, Barcelona.
Guardella (Juan), Alicante.
Gutiérrez (Leopoldo), Madrid.
Gutkind (Félix), Trinidad Grund, 7, Málaga.
Haassenstein & Vogler, Rambla del Centro, 15, Barcelona.
Hamm (Luis), Rambla Cataluña, 85, Barcelona.
Hartmann (Pablo), Cortes, 591, Barcelona.
Heinsdort & Lemke, Atocha, 4, y Alameda Colón, 6, Málaga.
Heise (George), calle Populo, 24, Sevilla.
Hengsternberg, Hermann, Sevilla.
Heusch (Hugo), y C.^a, calle Diputación, 112 y 118, Barcelona.
Hielscher (Adolfo), calle Zorrilla, 51, Madrid.
Hinderer (Carlos), Madrid.
Hoppe (Carlos & C.^a), Alameda de Mazarredo, 1, Bilbao; calle Murillo, 17, Santander.
Hoppe (Carlos & Sylvi), Alameda de Mazarredo, 1, Bilbao.
Joannides (Temistocles), calle General Menacho, 9, Cádiz.
Knappe (Carlos), calle Alcalá, 38, Madrid.
Koelher (Guillermo), Esparteros, 1, y Plaza del Cordón, 1, Madrid.
Koppel (Arturo), Carrera San Jerónimo, Madrid.
Körting, Sociedad Anónima Española, Plaza Palacio, 11, Barcelona.
Lainez (Hijos de Evelio), Cádiz.
Laschütza (Oscar), Vigo.
Lehmann & C.^a, Consejo de Ciento, 159, Barcelona.
Lence (Carlos), calle Colón, 13, Valencia.
Lengo (Arturo), Almería, Garrucha, Málaga y Aguilas.
Lenher (Amando), Alicante.
Leonhardt (E.) & Compañía Trafalgar, 23, Barcelona.
Leopold (Guillermo), Caputxas, 4, y Plegamans, 3, Barcelona.
Liñan (Antonio Ruiz), Lagunillas, 30, Málaga.
Linhoff (Carlos), Sucesores de Cross & Linhoff, Málaga.
Loeck (Walter), Bilbao.
Lohr (Maximilio), Tenerife.
López (José), calle Diputación, 112-118, Barcelona.
Lorente (M.) Garrigan (conocido vulgarmente por Garzon), calle Regente, 2, Málaga.
Manau (Mariano), Barcelona.
Marten (Martín), calle Adriano, 38, Sevilla; calle Cortes, 604, Barcelona.
Martín (Juan González), calle Cabello, 2, Málaga.
Maximo (Otto), Carrera San Jerónimo, Madrid.
Medem (Otto), calle Bailén, 2, Barcelona; calle A. Calderón, 15, y calle Atarazanas, 15, Valencia, Alicante, Bilbao y Málaga.
Meyer (Carlos), Cádiz.
Meyer y Bacharach, calle Serrano y Grao, Valencia y Málaga.
Mittelstrass (Otto), Las Palmas.
Monguió y Scharlau, calle Aragón, 219, Barcelona.
Mulder (Enrique), Vigo.
Müller Hermanos, Avión, 20, y Fernando, 12, Barcelona.
Müller (Alfred), Palma de Mallorca.
Müller (Hugo) Sevilla.
Murillo (Marcelino), Bilbao.
Neufville (Sucesor de J.), Santa Teresa, 8 y 10, Barcelona.
Noregaard (Luis), Tarragona.
Oliver (Ladislao), Barcelona.
Ornstein (León), calle Mariana Pineda, 5, Madrid.
Palacios (Luis-Asin), calle Preciados, Madrid.
Pares (Pedro), Alcalá, 46, Madrid.
Pfell (Emil), calle Obispo Lago, 37, Tuy.
Pflugger (Carlos), Las Palmas.
Pi (Antonio), Barcelona.
Postigo (Manuel), Trinidad Grund, 21, Málaga.
Rafols (Jaime), Dormitorio San Francisco, 5, Barcelona y Port-Bou.
Ramírez (Antonio), Málaga.
Reder. Gustav, calle Zorrilla, 23, Madrid.
Ries, Isidor, Colón, 72, Valencia.
Ries & Company, Colón, 72, Valencia.
Rodríguez, Adolpho, Hielscher, calle Zorrilla, 31, Madrid.
Rojas (Claudio), Santa Cruz de Tenerife.
Rook (Jorge), Hurtado de Amézaga, 12, and Fueros, 2, Bilbao.
Rosenow, Hermann, Monte Esquinza, 10, Madrid.
Rubert (Sucesores de Juan), calle Roger, 9, Puerta del Muelle, Alicante.
Ruiz García (Fernando), Santander.
Salvador, Hermanos, Falcó, 10, Castellón.
Schimmelpfeng's Information Agency, Madrid.
Schlayer (Félix), Sucesor de Alberto Ahles & Compañía, Alcalá, 46, Madrid; Paseo de la Aduana, 15 y 17, Barcelona.
Segalerva (Rafael Baquera), Málaga.
Serra (Pedro Pares), calle Alcalá, 46, Madrid.
Siemens Schückert, Industria Eléctrica, Barcelona, Madrid y Valencia.
Siemens (Enrique), & Compañía Las Palmas.
Sociedad española anónima para fabricación de perlas imitación, Diputación, 87, 91, 108 y 110, Barcelona.
Sociedad anónima, Fábrica de lámparas de filamento metálico, Paseo de Santa María de la Cabeza, Madrid.
Sociedad Vinícola, Tarragona.
Soujol (Carlos), Villamarí, 25, Barcelona.
Tanuenbaum (Juan), Carmen, 24, Madrid.
Teickner (Máximo), Mercado del Ensanche, 5, Bilbao, Barcelona y Valencia.
Teschendorff, Steiner & Compañía, calle Peaña, 25, Grao de Valencia.
Thonet, Hermanos, Madrid.
Trauhmann (Enrique), Madrid.
Uthhoff (Ludolfo), calle San Pedro, 16, Cádiz.
Unión de destiladores de esencias de España, Sociedad, anónima, Málaga.
Valdés (Antonio A. P.), Avenida de Pries, 16, Málaga.
Valls (Hijos de Magín), Barcelona.
Vogt (Conrado), Santa Cruz de Tenerife.
Wackonnigg (Wilhelm), Bilbao.
Wertheim (Carlos), calle Avión, 9, Barcelona.
Winter (Emilio), calle General Menacho, 9, Cádiz.
Wittmack (Otto) & Compañía, Carmen, 21, Málaga.
Woermann (Line), Las Palmas.

RENOVACION ESPAÑOLA



COLABORADORES

Pío Baroja.—Jacinto Benavente.—Adolfo Bonilla y San Martín.—Julio Casares.—Julio Cejador.—Eugenio D'Ors («Xenius»).—Concha Espina de Serna.—Ricardo León.—Condesa de Pardo Bazán.—Julio Puyol.—Rafael López de Haro.—Francisco Rodríguez Marín.—José María Salaverria.—Rafael Salillas.

REDACTORES

Política interior, Quintiliano Saldaña.—**Música,** Eduardo López Chávarri.—**Medicina,** Dr. Sánchez de Rivera.—**Filología,** P. A. Martín Robles.—**Educación nacional,** Eloy Luis André.—**Caricatura,** «K-Hito».—**Política exterior,** Manuel Palacios Olmedo.—**Arte,** Margarita Nelken.—**Viajes,** León Martín-Granizo.—**Economía,** Martín de Paúl.—**Enseñanza,** Luis Jiménez, Asúa.—**Guerra,** «Zeppelin».—**Bibliografía,** José Antón y Pedro Sáinz.—**Teatros,** «Don Lope».—**Revista de revistas,** Cayetano Alcázar.

SUSCRIPCION: España: año, 10 pesetas.—Extranjero: año, 15 pesetas.

Redacción y Administración:
San Bernardo, 124, teléfono 2.188. Madrid.